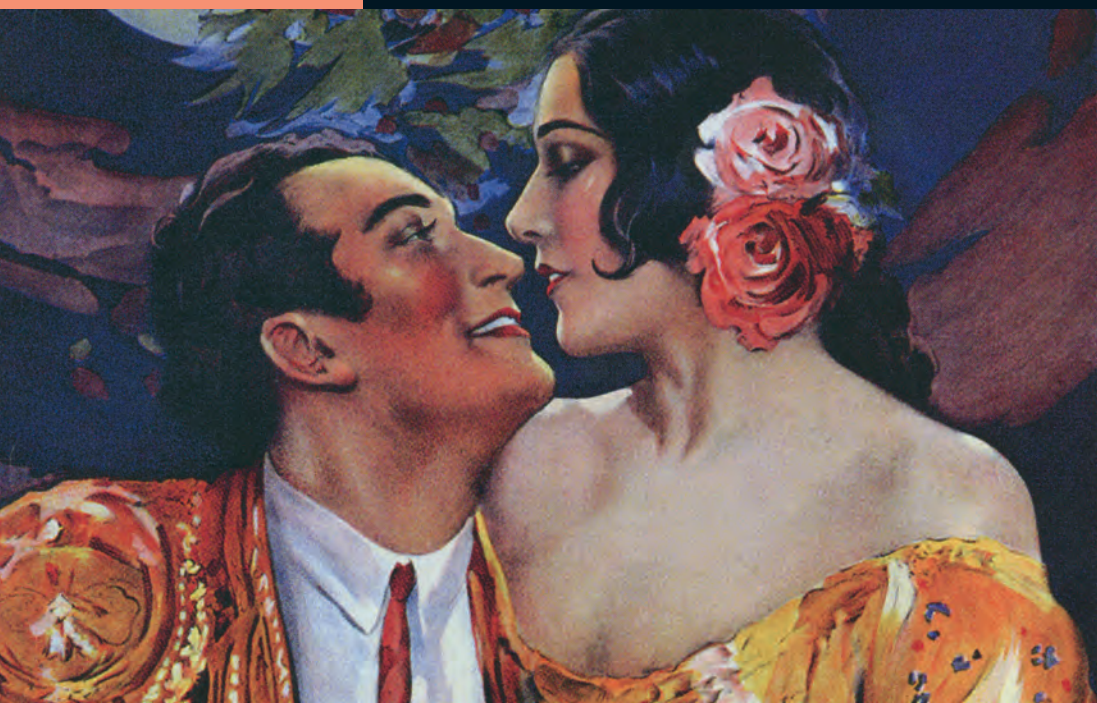


AMBOS MUNDOS

Richard L.
Kagan

El embrujo de España

La cultura norteamericana
y el mundo hispánico, 1779-1939



RICHARD L. KAGAN

EL EMBRUJO DE ESPAÑA

**La cultura norteamericana
y el mundo hispánico,
1779-1939**

Traducción de Pablo Sánchez León

Fundación Jorge Juan
Marcial Pons Historia
2021

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN. «LA FIEBRE ESPAÑOLA»	15
CAPÍTULO 1. ESPAÑA BRAVÍA	45
Los orígenes de la «España bravía»	50
Nuevo México: una sociedad tripartita	64
El sueño de California: Serra, Lummis y la novela de España.....	77
CAPÍTULO 2. ESPAÑA SOLEADA.....	97
La Alhambra.....	112
Imágenes de España	117
CAPÍTULO 3. EL HISPANISMO Y LA HISPANIC SOCIETY OF AMERICA	135
El hispanismo	136
El panamericanismo	151
Huntington y la Hispanic Society of America.....	163
CAPÍTULO 4. LOS COLECCIONISTAS Y EL COLECCIONISMO.	199
Arte para la nación	202
«Obra de encargo eclesiástico».....	204
El giro español.....	224
El mercado se abre	235
El Chateau en Espagne de Deering	245

	<u>Pág.</u>
«Devastar el país».....	255
Ronda, una canción española.....	275
CAPÍTULO 5. «CASTILLOS ESPAÑOLES DE VERDAD».....	277
Los comienzos: el Hotel Ponce de León	284
Giraldas	290
Misión y morisco	296
«Una ciudad de la vieja España»	304
Castillos españoles de estilo norteamericano	315
«Hogares norteamericanos de estilo español»	326
Epílogo.....	344
CAPÍTULO 6. LA LLAMARADA ESPAÑOLA	345
«Flores de nuestro romanticismo perdido»	351
La pantalla de cine española: «un país de romance y de amor».....	364
Vida y literatura	375
CONCLUSIÓN. EL ESTILO «DE IDA Y VUELTA».....	419
EPÍLOGO.....	441
POST-SCRIPTO	451
NOTAS.....	457
BIBLIOGRAFÍA	491
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.....	527
ÍNDICE DE NOMBRES	541

Introducción

«LA FIEBRE ESPAÑOLA»

«El viaje que emprendimos con su entusiasmo y experiencias es el que ha sido escrito tan frecuentemente y de manera tan notable, y en él rápidamente nos vimos infectados con lo que Sargent me había dicho que nos sucedería, es decir, la fiebre de España: *La Fièvre Espagnole*».

Augustus Saint-Gaudens, *Reminiscences*
(en referencia a su viaje por España en 1899).

El invierno de 1899 no era un momento especialmente propicio para que un turista norteamericano visitase España. Justo el año anterior españoles y norteamericanos habían estado combatiendo y matándose entre sí en las Colinas de San Juan en Cuba. Por suerte la guerra finalizó en cuestión de meses, y en diciembre de 1898 los dos países firmaron un acuerdo de paz como parte de la reapertura de relaciones diplomáticas que habían quedado rotas al comienzo de la conflagración en abril del año anterior. En los meses que siguieron, las relaciones entre Madrid y Washington mejoraron hasta el punto de reabrirse el servicio regular de barcos de vapor ofrecido por la empresa catalana Compañía Transatlántica entre Barcelona, Cádiz y Nueva York.

Aun así, persistían resentimientos por ambas partes. Los periódicos españoles que enviaban noticias sobre Centroamérica y la insurrección contra las fuerzas de Estados Unidos en Filipinas no tardaron en poner en titulares: «Agresión Yankee». De forma parecida, el libro *Harper's Pictorial History of the War with Spain* (*Historia en imágenes de la guerra con España*), publicado en 1899, significativamente recordó a los lectores el «profundo fondo de crueldad» común a todos los españoles ¹.

Nada de esto disuadió al más destacado escultor norteamericano, Augustus Saint-Gaudens, de visitar España en el otoño de 1899. Dos años antes, en el apogeo de su carrera, Saint-Gaudens se había embarcado en Nueva York con su familia para efectuar una larga estancia en Europa. Su primer destino fue París, donde años atrás se había matriculado como estudiante en la famosa École des Beaux-Arts. Pero Saint-Gaudens estaba interesado sobre todo en visitar España, un país que dos de sus amigos artistas, William Merritt Chase y John Singer Sargent, le habían recomendado encarecidamente conocer. Sargent llegó incluso a proporcionarle un itinerario detallado que enumeraba las ciudades y los monumentos y museos más importantes que no podía permitirse dejar de ver ².

El viaje comenzó en noviembre y, según rememoró después Saint-Gaudens, iba «viajando rápido», aunque no lo suficiente como para evitar entretenerse en una pequeña aldea de montaña en Aragón, para visitar El Escorial y hacer paradas en Burgos, Madrid y Toledo antes de dirigirse al sur, hacia Andalucía. Una vez allí visitó monumentos musulmanes tanto en Córdoba como en Sevilla, y en Granada incluso halló tiempo para asistir a una corrida de toros. La mayoría de los viajeros norteamericanos que veían una corrida reaccionaba con una mezcla de disgusto y desdén, unida a comentarios sobre la crueldad innata de la raza española. Frente a esto, cuando Saint-Gaudens rememoró el evento, subrayó el arte y la dignidad del ritual que se desarrolló ante sus ojos, junto con el coraje de todos los implicados, incluido el toro.

La reacción positiva del escultor hacia España desafía una explicación fácil. Otros turistas que habían visitado el país encontraron motivos de queja, como la calidad de la comida, las dificultades para viajar por el territorio o la ausencia de alojamientos comparables en calidad a los que se podían encontrar en otros lugares de Europa. Pero en su *Reminiscences* Saint-Gaudens confesó que nada más entrar en el país se vio aquejado por una misteriosa afección conocida como «fiebre española», de la que previamente Sargent le había advertido. La enfermedad no aparecía mencionada en ningún libro de medicina ni tenía que ver con la mortal «gripe española» que devastaría tantas partes del mundo justo a continuación de la Primera Guerra Mundial. Pero sus síntomas, entre ellos un aparentemente insaciable apetito por el arte y la cultura de España, eran reales, y en ocasiones mutaban hasta convertirse en hispanofilia, una afección re-

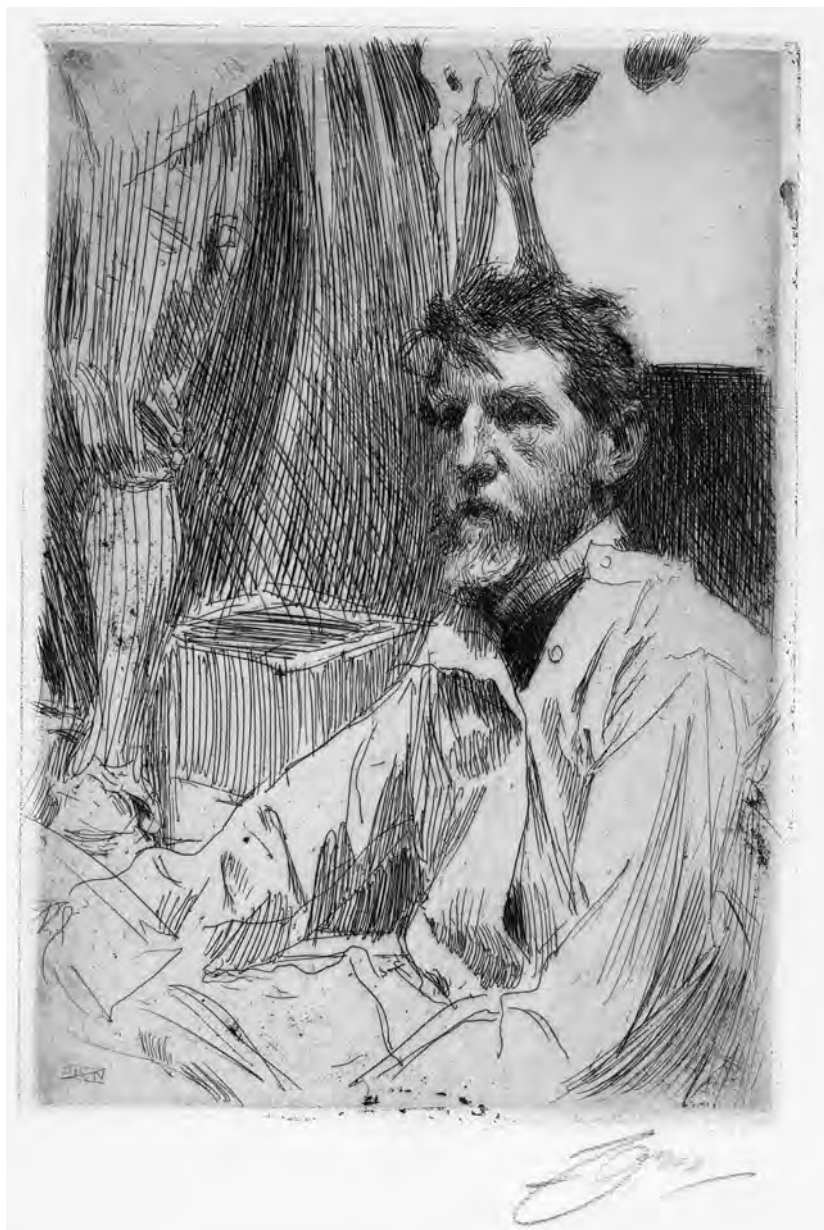


Fig. 1. Durante su visita a España, Augustus Saint-Gaudens siguió un itinerario que le sugirió su amigo el pintor John Singer Sargent. Anders Zorn, Augustus Saint-Gaudens, 1897, grabado, 19 x 15 cm.

lacionada aunque mucho más común en Francia y Gran Bretaña que en Estados Unidos. Tanto es así que Saint-Gaudens, escribiendo cuatro años después de su viaje por España, admitía abiertamente: «Me he vuelto insaciable en relación con esa fascinante tierra y mi interés en ella no desfallece nunca»³.

Saint-Gaudens estuvo lejos de ser el único norteamericano que se vio afectado por esta rara afección. Como mostrará este libro, la fiebre española —también me referiré a ella como locura o manía— pasó a ser toda una epidemia en la estela de la guerra de 1898, extendiéndose con rapidez a lo largo de todo Estados Unidos y contaminando el gusto en numerosos campos culturales, en especial las artes visuales y la arquitectura, pero también la música, el cine y la literatura, junto con la moda y, de forma más limitada, la comida. Esta fascinación por España prácticamente no tenía precedentes. A excepción de la música popular, donde la guitarra y los ritmos españoles venían siendo influyentes desde tiempo atrás, a lo largo de la mayor parte del siglo XIX la influencia de la cultura española en Estados Unidos había sido en el mejor de los casos mínima. Hasta bien entrada la llamada Edad de Oro o Golden Age, los indicadores principales del gusto y el refinamiento norteamericanos eran, según han observado tanto Richard Bushman como Laurence Levine, normalmente ingleses o franceses. La cultura italiana tenía su lugar tanto en la música como en las bellas artes, y durante la década de 1880, gracias en gran medida a Wagner, en la ópera dominó un repertorio alemán en Nueva York y otras ciudades⁴.

Frente a esto, España apenas hizo mella en la elite cultural norteamericana y, en comparación con el francés, la lengua castellana casi no se estudiaba y menos aún se impartía. Sobre esto operaban dos antiguos prejuicios que restaban valor a la cultura española. Archer Milton Huntington, quien después fundó la Hispanic Society of America de Nueva York, aprendió esta lección en 1891 al comentar al destacado financiero Morris Ketchum Jesup su interés por la literatura y el arte de España. Jesup, bruscamente, reprendió al joven por malgastar su tiempo en una «civilización muerta y acabada»⁵.

La crítica de Jesup resume con claridad la actitud de la mayoría de los norteamericanos de clase alta hacia España y los españoles, pero el cambio estaba en marcha. Tras su sangrienta y conflictiva guerra civil (1861-1865), la economía norteamericana se expandió a gran velocidad, tanto que a la altura de 1873 el famoso escritor Mark Twain

proclamó que el país había entrado en una Edad Dorada. Esencial en esa expansión fue el crecimiento del comercio exterior, de la mano de un novedoso interés por las culturas extranjeras, de las que los norteamericanos sabían bastante poco ⁶. Este espíritu nuevo y más cosmopolita encontró diferentes expresiones, entre ellas una creciente demanda de libros y guías de viaje sobre tierras lejanas, la formación de círculos de lectura y clubs de viajeros cuyos miembros se embarcaban en viajes imaginarios al extranjero, junto con la asistencia a conferencias sobre viajes, entre ellas las que impartió John Stoddard en distintas ciudades, que, según se estima, atrajeron a un público que hay que contar por millones. Las conferencias de Stoddard no necesariamente se centraban en España —otros temas incluían Alemania y Rusia, además de Egipto, China y Japón—, pero su repertorio de charlas dio comienzo con una titulada «Viajes por la España soleada [Sunny Spain]».

Y Stoddard tampoco estaba solo. Desde la década de 1880 viajeros escritores y sus editores ofrecían a los lectores un listado de nuevos libros y artículos que pregonaban el «romanticismo» de España. Parte de ese romanticismo tenía que ver con Carmen, la fémica gitana que figuraba en la famosa ópera de Bizet, así como con La Carmencita, una bailarina española de flamenco que desde 1890 deleitaba a los públicos en Nueva York, Washington, Chicago y otras ciudades, y cuyos quiebros y taconeos fueron captados por Thomas Alva Edison en una de las primeras películas de la historia filmada en Estados Unidos. El interés por España y su cultura también surgió de la inmensamente popular World's Columbian Exposition de Chicago en 1893, celebrada para conmemorar el cuatrocientos aniversario del viaje de Colón, y que introdujo a millones de visitantes en los vínculos históricos de la historia de España con la de Estados Unidos. Mientras tanto, los comienzos del panamericanismo, un movimiento que subrayaba la unidad entre los dos hemisferios del continente, fomentaron un nuevo interés por la historia y la cultura de los países de habla hispana situados al sur del Río Grande, en especial México. La inclinación por España se detuvo momentáneamente con el estallido de la guerra hispano-norteamericana de 1898, pero se reanudó poco después. En apenas unos años, la locura por España y su cultura estaba alcanzando un nivel máximo.

Las regiones más infectadas por el virus eran aquellas que, como California, Texas, Nuevo México y Florida, habían estado sometidas



a dominación hispana con anterioridad, como sus propios topónimos todavía muestran ⁷. Pero se dieron también brotes tempranos y de envergadura en Chicago, Nueva York y otras partes del país en las que los españoles nunca antes se habían dejado sentir. En contraste con ello, Nueva Inglaterra, protegida por sus tradiciones de origen británico, se mantuvo relativamente inmune a la extensión de la plaga, si bien, como veremos, la región contaba también con su proporción de infectados.

Tampoco los efectos de esta fiebre se dejaron sentir de la misma manera. Al igual que con otras fiebres, esta dolencia infectó a algunos individuos más que a otros. Quienes más se vieron aquejados fueron los hombres de letras, y uno de los primeros fue el librero de Boston Obadiah Rich (1777-1850), un especialista en la historia temprana de América, ávido coleccionista de libros raros y manuscritos en castellano, y entre los primeros extranjeros a quien se dio permiso para realizar investigaciones en los archivos «secretos» nacionales de España en Simancas ⁸.

Rich también carga con parte de la responsabilidad de haber transmitido la enfermedad a Washington Irving (1783-1859). Ambos se conocieron durante el invierno de 1826. Irving había viajado a la capital de España invitado por Alexander Hill Everett (1792-1847), un hombre de letras bostoniense que había sido enviado por Estados Unidos a España en 1825. Everett esperaba convencer a Irving de que tradujera algunos de los documentos recientemente publicados relacionados con Cristóbal Colón y los primeros descubrimientos españoles en el Nuevo Mundo, y a continuación le presentó a Rich, que entonces trabajaba como se-

Fig. 2. La Carmencita, 1894. Carmencita estaba en Nueva York actuando en un *music ball* cuando Thomas Edison la grabó en su Black Maria Studio en Nueva Jersey en 1894. Fue la primera mujer filmada por Edison.

cretario de la delegación diplomática estadounidense. La decisión de Irving de viajar a España fue un tanto inusual. Aparte de diplomáticos, cónsules y comerciantes marinos, pocos norteamericanos se aventuraban a ir a España. La inestabilidad política, aparentemente crónica, del país los mantenía a distancia. Y el mismo efecto tenía la reputación de ser un país en el que era probable que los viajeros fueran asaltados por bandidos y ladrones. Pero Irving no estaba entre los que se detenían ante estas convenciones, en parte porque, desde que comenzó a residir en París en 1824, había empezado a aprender español. Respondió, por tanto, afirmativamente a la invitación de Everett, y en enero de 1826 llegó a Madrid dispuesto a embarcarse en el proyecto que le había propuesto. Pero tras adentrarse en la enorme biblioteca de libros viejos españoles abandonó el proyecto de traducción y en su lugar decidió escribir una biografía completa de Colón. Después de redactar durante los siguientes dos años a una velocidad vertiginosa, publicó su rompedor *The Life and Voyages of Christopher Columbus* en febrero de 1828 y, justo un año más tarde, *A Chronicle of the Conquest of Granada*, bajo el seudónimo de fray Antonio Agapida, un ficticio monje español. A continuación Irving se embarcó en un largo viaje por Andalucía, residiendo en Granada y Sevilla antes de partir para Inglaterra en el otoño de 1829.

No está del todo claro cuándo o dónde en el curso de estos tres años en España Irving sucumbió a la afición que más tarde Sargent describiría, aunque es probable que ocurriera en marzo de 1828, cuando, una vez que dejó atrás la meseta de Castilla, se topó por primera vez con los espléndidos campos ondulados de Andalucía. La vista le suscitó este comentario: «un país con un mapa histórico, lleno de historia y romance, donde lucharon los moros y los cristianos». Al llegar a Granada y residir durante un tiempo dentro del recinto amurallado de La Alhambra, Irving escribió cartas que sugieren que sus síntomas se parecían a los que más tarde describiría Saint-Gaudens. «Granada», explicaba en ellas, no era solo «bella y pintoresca», sino además una «ciudad de historia romántica»: «Cada montaña en este país despliega ante uno una masa de historia llena de lugares reconocibles por algún suceso salvaje y heroico». Una vez en Sevilla, la predisposición de Irving a describir a los andaluces como un pueblo «galante y elegante» sugiere que la fiebre había subido de nivel hasta un brote en toda regla de hispanofilia que continuaría influyendo sobre su actitud hacia España y su población para el resto de su vida ⁹.

[...]